



EL HOUSIN HELAL OURIACHEN

Conclusiones teóricas y metodológicas sobre la ciudad tardoantigua. El caso del urbanismo bético

RESUMEN

Este artículo reproduce la defensa de mi tesis doctoral (*La ciudad bética tardoantigua. Persistencias y mutaciones locales en relación con la realidad urbana de las regiones del Mediterráneo y del Atlántico*, Universidad de Granada, Granada, 2009), esto es, las conclusiones alcanzadas después de seis años de investigación, transcurso en el cual pude desarrollar la imagen arqueológica de la ciudad tardoantigua, comprobándose la continuidad de lo urbano bajo nuevas apariencias, de manera que fueron definidas con el fin de superar décadas de silencio, negación y renuncia historiográfica.

PALABRAS CLAVE

Ciudad, *Baetica*, Antigüedad Tardía, procesos, modelos urbanos.

El Housin Helal Ouriachen

Doctor en Arqueología. Profesor de Instituto privado

alexandrus.magnus@gmail.com

Claseshistoria.com

15/05/2011

INTRODUCCIÓN

Hace cuatro años, se empezó a concebir una tesis que fuera capaz de asumir el breve pero profuso bagaje de los dos primeros años de doctorado, de ahí que pueda señalar la trascendencia de la tesina, no sólo como una aproximación útil sobre la topografía urbana y rural de la Bética tardorromana y altomedieval, sino como un ineludible punto de partida en esta línea de investigación, centrada en la ciudad tardoantigua; es decir, una de las cuestiones capitales en la historiografía durante las últimas décadas, sobre todo, como resultado de su gran complejidad temática, si bien ello no impidió acometer un estudio profundo y detallado de una región concreta, porque la problemática urbana gozaba de diversas posibilidades analíticas y logísticas para desarrollar tal indagación, en otras palabras, era un proyecto sumamente factible, de ahí que llevase a cabo una revisión exhaustiva de la bibliografía local e internacional, logrando acumular una gran cantidad de información bajo las siguientes directrices:

La primera trata de superar una traba fundamental, o sea, la elevada dispersión de los datos arqueológicos, lo cual exigía aglutinar de manera coherentemente los materiales hallados en las excavaciones que fueron realizadas en las provincias de Cádiz, Sevilla y Málaga, en la mayor parte de Huelva y Córdoba, en las zonas occidentales de Jaén, Granada y Almería, y en el área meridional de Badajoz durante los postreros decenios. La segunda y última exige una labor interdisciplinaria, donde la documentación literaria es especialmente necesaria, no para confeccionar un relato sobre los acontecimientos históricos de la Bética tardoantigua, sino para suplir la parcialidad y las limitaciones de la realidad arqueológica, cuando los testimonios aportados fueran claramente estériles o poco fructíferos para la investigación.

Ciertamente, esas premisas iniciales fueron imprescindibles para efectuar una sólida y eficiente investigación sobre el urbanismo bético tardoantiguo, lo cual permite citar las siguientes conclusiones sobre la diversa problemática metodológica.

METODOLOGÍA

Primera conclusión

El profundo desconocimiento conceptual de la ciudad tardoantigua, causado por el uso y abuso de unos parámetros mentales y analíticos que incapacitaron de modo general a la arqueología tradicional a la hora de detectar distintas formas urbanas, las cuales nada tenían que ver con la ciudad clásica altoimperial; a tenor de ello, se estableció la

crisis urbana a partir del s. III, renunciado así a la definición de otros perfiles de ciudad como potenciales realidades históricas.

Frente a la estricta, estática y global estandarización de la ciudad clásica, se llega a la conclusión de que era imperativo reconstruir la ciudad en transición, de corte provincial o regional, de la cual dimanaban múltiples variantes que fueron tomando forma entre los s. III y VII, fase que revela las especificidades topográficas, económicas, institucionales, sociales y léxicas de un urbanismo cambiante, a raíz de ello, nuevas entidades físicas y funcionales surgen y se desarrollan en la Bética, de ahí, la necesidad de distinguirlas a través de unos modelos urbanos, como la ciudad cristiana (las sedes episcopales y ciertas ciudades secundarias en cuanto a la topografía y a la administración religiosa), la ciudad comercial (los asentamientos portuarios y, en general, los especializados en la función mercantil), la ciudad administrativa de tradición clásica (los centros de índole institucional que operan como residencias de la aristocracia laica y de los funcionarios militares), la ciudad desclasada (los *castella*, *castra* y otros núcleos degradados en su condición municipal, decategorización que modifico ampliamente la dimensión física y funcional en pro de la continuidad del asentamiento), la ciudad ruralizada/semiurbana (los núcleos marcadamente agrícolas, si bien presentan ciertos elementos urbanos), la ciudad abandonada (las ciudades en parte abandonadas, cuya permanencia fue banal y sin grandes cambios hasta su extinción; y, las ciudades totalmente abandonadas en el s. III o, en el mejor de los casos, a lo largo del s. V), y, por último, la ciudad monacal (un monasterio es en sí una ciudad que puede implantarse cerca de o sobre un centro urbano o rural).

Por ahora, los paradigmas del cambio son incipientes propuestas de trabajo que están desarrollándose en algunos círculos académicos, por lo que esta tesis establece unas líneas teóricas y metodológicas para validar una serie de criterios, con la que se pueda percibir la diversidad urbanística tardoantigua, a través de la cual es posible adquirir lo que la historiografía alemana ha designado como *Städtebild*; es decir, la percepción de la imagen urbana en un sentido plural. Por consiguiente, este trabajo de investigación acepta, define y aporta un cuadro urbano que podría tener un papel vital en las futuras investigaciones que versen sobre el urbanismo bético, hecho que debería de evitar las siguientes conductas:

Una tesis analizó la realidad urbanística de Sexi (1), centrándose excesivamente en la existencia de galerías, cuevas y piletas para salazones, de todo lo cual, se dedujo que no era una ciudad clásica, a pesar de la existencia arqueológica de un *forum*, un teatro y un acueducto, si no un conjunto de dependencias de una enorme y compleja factoría de salazones. Por cierto, esa topografía estructural se da también en otros núcleos del litoral bético y del Mediterráneo, además, ello encaja con uno de los modelos urbanos de la transición; es decir, la ciudad comercial.

Por otro lado, hay un argumento hiperbólico y petulante que el medievalismo andalusí ha manifestado de manera reiterada a lo largo del s. XX, cuando adujo que los *rudun* restablecieron la *urbanitas* después de varios siglos de desurbanización, en los cuales

las diferencias físicas y funcionales no se contemplan entre asentamientos urbanos y rurales hasta después del s. IX, suposición que participa de las ideas que han definido a la islamización como un proceso que refunda el urbanismo en la Baetica posvisigoda (2), de la cual cabe citar algún ejemplo: Ulisi, la actual Loja, es un núcleo que ha sido considerado rural hasta el s. IX, cuando se creó un *hisn* y a partir de él se fue trazando el espacio urbanizado de la ciudad islámica. A eso, hay que contraponer la percepción urbanística del cambio, por lo que se documenta la evolución de dicho lugar como un municipio romano que terminará por convertirse en una nueva entidad urbana durante la Antigüedad Tardía (3); probablemente, en un *castellum* o en una *civitas ruralis*, tal y como constatan los datos literarios y arqueológicos.

Por tanto, no se puede juzgar a un asentamiento por su imagen, sino se conocen los criterios que permitan percibirlo en un contexto de transición.

Segunda conclusión

Pese a los años de investigación, definir ahora la ciudad tardoantigua, sería un error o una imprudencia, porque los paradigmas urbanos están todavía incompletos desde la perspectiva arqueológica, por eso, se han de superar las carencias y los excesos de la metodología tradicional y tradicionalista, no cabe duda que han sido y son la causa de los siguientes problemas metodológicos:

- La validez de los indicadores altoimperiales (literarios y arqueológicos) define la imagen urbana del s. III en adelante.
- La falta de contrastación entre las fuentes escritas y los datos materiales.
- El apego a las fuentes literarias, limitación que consiste en la asimilación de los tópicos históricos y en los prejuicios inherentes de los escritores.
- La lealtad escolástica de los ámbitos académicos, cuya ortodoxia no permite la progresión de la historiografía.
- La ausencia de estratigrafías es sistemática, sobre todo, en las ciudades peor conocidas, en las que las rarefacciones, los arrasamientos y la endeblez de las estructuras urbanas complican el análisis de los estratos, fundamentalmente, a consecuencia de la islamización como proceso edilicio.
- La mayoría de excavaciones tiende a guardar silencio con respecto a la ciudad tardoantigua, cuyos dispersos y alterados contextos ofrecen pocos testimonios carentes de monumentalidad y de valor artístico, de ahí que la arqueología siga decantándose por la cultura material de otras fases históricas. En este sentido, no es ciencia arqueológica, sino un estudio histórico/artístico que deriva de una carencia formativa sobre lo tardoantiguo.
- Muchas ciudades béticas poseen una continuidad de ocupación actual, por esa razón, las intervenciones arqueológicas suelen ser consideradas excavaciones preventivas, las cuales plantean varios aspectos deficitarios: especialmente, la

parcialidad del registro arqueológico y la escasa información resultante. Ambas situaciones son insalvables, mientras no cambien las prioridades.

- Es una tendencia inferir conclusiones globales y aseveraciones categóricas de una intervención arqueológica en un solar edificable de escasos m², hecho que compromete la diversa totalidad del concepto de ciudad tardoantigua.
- Otra cuestión es la inviabilidad de los proyectos arqueológicos, cuando se trata de una amplia zona de excavación sobre un suelo tardoantiguo escasamente monumentalizado.
- Excepto en algunos casos, no se cuenta con una unidad de documentación de los restos arqueológicos, donde se pueda anotar la localización de los distintos y dispersos puntos de la traza urbana y periurbana en las ciudades actuales, lo cual permitiría la elaboración de estudios cartográficos y planimétricos sobre la evolución de las ciudades béticas durante la Antigüedad Tardía.
- Hay una gran dependencia de los fósiles guía, entre ellos, la cerámica africana, hasta el punto de que su extinción ha generado graves problemas de datación, cometiendo errores en el ajuste de ciertas cronologías que pudiesen distinguir los contextos tardoantiguos de los altoimperiales y de los islámicos.

En definitiva, dichos problemas metodológicos no sólo evidencian una falsa impresión del concepto urbano, sino también una crisis de la arqueología, así pues, es necesaria una nueva estrategia científica, especializada en la etapa tardoantigua, de este modo, es factible que la ciudad pueda convertirse en un espacio desprejuiciado con enormes posibilidades investigadoras, sin embargo, no se puede aportar una imagen detallada de cada ciudad de la Bética tardoantigua, excepto en ciertos casos, e incluso en estos, sólo se han atisbado algunos rasgos urbanos, dada la tímida reacción por superar las lagunas históricas del urbanismo tardorromano y altomedieval, tal y como acreditan los estudios realizados sobre Carmo (4), Munigua (5), Iliberri (6), Itálica (7), Singilia Barbi (8), Aurgi (9), Asido (10), Malaca (11), Gades (12), Egabrum (13), Carteia (14), Elepla (15), Corduba (16), Portus Gaditanus (17), Urso (18), Hispalis (19), Baelo (20), Obulco (21), Astigi (22) y Onuba (23).

A continuación, citaré las conclusiones teóricas derivadas de la investigación sobre el urbanismo bético tardoantiguo.

TEORÍA

Primera conclusión

Los procesos historiográficos fueron predispuestos para exponer diferentes modos de una crisis global, por lo que no tienen validez para explicar el complejo devenir urbano entre los s. III y VII. Desgranaré, pues, esta aseveración: las invasiones, la regresión económica, la ruralización, la despoblación, la extinción del curialato y las valoraciones antiurbanas de la retórica tardía fueron sobredimensionadas hasta el punto de que se

han exagerado sus argumentos, tergiversando así la realidad urbana, pero todos esos procesos se cimentan en una cierta constatación que fue alterada en función de unos indicadores decadentistas, los cuales se habían manifestado incapaces de detectar y de interpretar la transformación urbanística bajo un nuevo contexto histórico. Partiendo de esto, se ha llegado a una serie de conclusiones:

- La Bética fue una región de tránsito hacia África, de ahí que las descontroladas migraciones germanas se caracterizaran por un pequeño impacto destructivo y por una contribución superficial en términos culturales.
- Muchas ciudades renovaron su visión económica entre el Bajo Imperio y el Alto Medioevo, con el propósito de pervivir bajo la transición, tal y como advierten los siguientes comportamientos:
 - 1) La desestatalización de la economía bética operó bajo un enfoque local que afectó a distintas actividades productivas y comerciales.
 - 2) La iniciativa privada, o sea, la élite autóctona, secular y clerical, destacó por una menor capacidad comercial, pese a ello, se confirma un cierto equilibrio entre las exportaciones y las importaciones entre los s. IV y VII.
 - 3) El latifundio se convierte en uno de los principales motores económicos, si bien la ciudad continuará siendo el centro mercantil, donde se capitalizan el grano y los productos agrícolas, y el centro artesanal, donde se hacen tanto vajillas como tejas y ladrillos. Aunque cabe advertir que las aglomeraciones urbanas de tipo secundario fueron objeto de una especialización económica y que las grandes ciudades se caracterizaron por el abandono de antiguas actividades y el comienzo de otras nuevas, sin que perdieran ningún ápice de su diversidad económica. No obstante, hubo ciudades que entraron en recesión y que, al mismo tiempo, no supieron redefinir su propia dimensión económica, por ello, acabaron sufriendo la decategorización o el abandono, no de forma inmediata, pero sí a medio y largo plazo.
 - 4) La ruralización fue generalmente un fenómeno de integración suburbana de villas, huertos y otros elementos del hábitat rural, aunque no de fagocitación de lo urbano.
 - 5) Las ciudades béticas no se deshabitaron, sin embargo, algunas lo hicieron en beneficio de otras, hecho que no se ha de vincular con una despoblación generada por las catástrofes ni con un éxodo masivo hacia el campo y las montañas, sino con otras dinámicas distributivas de la población, prueba de ello, son los vertederos suburbanos e *intra moenia*, cuya proliferación indica una alta densidad demográfica, incluso en las superficies contraídas.
 - 6) La revisión del Libro XVI del Código Teodosiano señala que los decuriones no se trasladaron hacia el agro, al menos para la región bética (24), donde el éxodo de algunos nobles se tendió a dirigir hacia los principales centros urbanos. Cabe recordar que las ciudades béticas siempre se definieron por la riqueza de sus élites y por su dinamismo institucional, combinación que permitió aunar tanto el emergente funcionariado eclesiástico como algunos elementos administrativos de tradición romana, si bien estos fueron objeto

de una simplificación durante el periodo visigodo, cuando la administración militar del *regnum Gothorum* se consolidó en los gobiernos locales.

- 7) La literatura tardopagana y cristiana filoclásica sólo confiere un espléndido ideal urbano y una *gradatio* municipal que había permanecido fosilizada en los tiempos del Principado; en contraposición, la mayor parte de las fuentes cristianas proyectan una imagen despectiva de la *civitas* o una propaganda apocalípticamente antiurbana. De hecho, estos idealismos han ocasionado una profunda tergiversación historiográfica, pero también una contradicción entre reputación municipal y realidad material, problemática conceptual que la literatura de los siglos V y VI intentó solventar sin mucho éxito.

Segunda conclusión

La decadencia no es el problema, sí se es capaz de superar los argumentos clásicos y la influencia de la metodología tradicional, para ello, se debe de comenzar evitando las graves generalizaciones historiográficas, por esta razón, hace seis años, en una clase magistral, Francesc Tuset dijo: *“la crisis urbana sólo es aceptable de forma específica, eso sí, siempre que se la pueda detectar, por lo que uno está obligado a responder a una triple pregunta: ¿Dónde, cuándo y cómo?”* Sólo así, sería posible verificarla en un lugar y en un momento de la historia urbana de la Bética tardoantigua, por ello, evalué cada ciudad, siempre que hubiese suficiente información literaria y arqueológica sobre los contextos tardoantiguos, llegando a las siguientes consideraciones:

- El s. III no es el fin global de la ciudad clásica o el inicio agónico del urbanismo durante la romanidad tardía, sino un siglo de rupturas y continuidades, que es heredero directo de los procesos empezados en el s. II, y, continuador de esos procesos en los siglos posteriores, de ahí que sea imposible percibir la imagen altoimperial en un urbanismo cambiante, por este motivo, se han empleado dos conceptos en términos evolutivos; tales como la ciudad tardoclásica y la ciudad en transición. Ambas definiciones no son incompatibles en un concreto espacio urbano, porque armonizan la pervivencia de lo clásico y los cambios espaciales de tono religioso y militar.
- Por razones de diversa índole, hay ciudades que entran puntualmente en crisis, aunque el motivo capital era la falta de adaptación a las nuevas circunstancias históricas o la resistencia a asimilar los cambios inmediatos y futuros, aún así, unas cuantas terminarán superando ese declinar después de ser objeto de una transformación completa entre los s. V y VII, lo contrario, significaba asumir un estado de abandono o de permanencia física sin grandes alteraciones, en este último caso, se podía derivar hacia la extinción del asentamiento entre los s. VII y IX; o, en el mejor de los casos, hacia la recuperación paulatina de la vitalidad bajo nuevas formas físicas rurales y semiurbanas a partir del s. X.
- No se puede aceptar la tesis de la crisis urbana en aquellos núcleos de los que no se conoce gran cosa o de los que su cultura material no sobrepasa el s. III; por cierto, cabe señalar la existencia de informes y trabajos que son inéditos, e

incluso de material arqueológico que ha sido ignorado por razones científicas o por falta de recursos. En la práctica, todo esto complica cualquier investigación y, además de ello, impide conocer de manera profunda el pasado tardoantiguo de las ciudades mejor estudiadas, ante lo cual cabe plantear el análisis de los contextos béticos tardoantiguos en relación con la documentación material que ofrecen las restantes ciudades hispanas y, a su vez, en correspondencia con la información arqueológica de las regiones del Mediterráneo y del Atlántico.

- Este estudio comparativo corrobora lo siguiente: la decadencia y la continuidad operan como dos realidades posibles en la particular evolución de cada ciudad, aunque el proceder de una u otra dependió de las condiciones locales y de las eventualidades externas que existieron en cada asentamiento entre los s. III y VII; igualmente, ejercen como dos modalidades de transformación compatibles en la Bética y en las demás regiones. Pese a ese comportamiento común, tales tendencias presentan, según las especificidades antes apuntadas, unos tiempos distintos y una mayor o menor intensidad, no sólo entre una región y otra, sino también entre las mismas ciudades de un territorio determinado, a raíz de esto, unos urbanismos regionales sólo pudieron acoger una cifra limitada de núcleos dispersos y otros mantuvieron un número nada despreciable de asentamientos en los principales focos de la romanización, es decir, las franjas costeras y los valles fluviales; la Bética corresponde a este último panorama.

En resumidas cuentas, la decadencia y la continuidad son dos realidades compatibles en cualquier urbanismo de índole regional, descartándose así toda inclinación teórica y metodológica hacia una de esas posturas historiográficas, por lo que no se ha aducido un discurso obcecado ni pretencioso en defensa de una u otra hipótesis, porque, por una parte, no hay suficientes datos arqueológicos que permitan garantizar de manera integral la continuidad urbana entre el Principado y el Alto Medievo, y, por otra, la crisis se manifiesta como un hecho inexorable que solía traer consigo nuevas oportunidades evolutivas; aunque, en líneas generales, fueron demasiado abruptas en sus formas de transformación.

Tercera conclusión

El cambio urbano no es un eufemismo de crisis, ni actúa como un estado involutivo, ni se reduce a una pérdida paulatina de los caracteres cívicos, ni responde a una falta de incapacidad de la gestión municipal, ni tampoco se trata de una realidad pseudomorfa e indetectable desde el punto de vista arqueológico, sino que opera como un complejo proceso de transición que afecta particularmente a la ciudad clásica, de este modo, se fraguaron diferentes paradigmas urbanos y semiurbanos, de los que la ciudad cristiana aparece como el modelo dominante.

En este sentido, el cambio urbano ha de entenderse en términos evolutivos, de hecho, en la Bética se revela en ciertos núcleos a partir del s. II y en la mayoría del panorama urbano durante el s. III, si bien esta precoz desestructuración se encontraba en su fase embrionaria y no se basaba en ningún discurso, por lo que los motivos de ruptura sólo se producirán en relación con el modelo altoimperial durante el s. IV, cuando empiecen a surgir nuevos procesos ideológicos, como la cristianización y la militarización, con la capacidad para instrumentalizar las nociones descompositivas y reestructuradoras del cambio en función de sus propios intereses económicos, políticos y religiosos.

La resultante es un nuevo perfil arqueológico que se había materializado de una forma plural y tardía, pero muchas ciudades nunca llegaron a beneficiarse de esos procesos, de manera que su imagen urbana no tardo en desactualizarse como consecuencia de una evolución sin alteraciones significativas, de ahí que las transiciones superficiales e inconclusas deriven las ciudades hacia la degradación del estatus o hacia el abandono de asentamiento. Por lo tanto, el cambio urbano permite visionar de manera neutral los procesos y, en particular, su mecánica isostásica y generatriz entre los s. II y VII, etapa en la cual se estableció una nueva fórmula urbana, porque para perdurar, las ciudades debían de transformarse.

Cuarta conclusión

Pese a los problemas de la actual documentación arqueológica, era crucial reconstruir la descomposición de la ciudad clásica, una dinámica de larga duración que se puede advertir en los múltiples síntomas del tejido urbano, entre ellos:

- Privatización del suelo público.
- Aparición de vertederos *intra moenia*.
- Supresión de calles y de plazas porticadas por cierre o por abandono.
- Creación de espacios abiertos y cultivados.
- Ocupaciones, desviaciones e interrupciones de vías y calzadas.
- Azarosas sepulturas *in urbe*.
- Abandono escalonado y disgregado de edificios públicos, barrios residenciales y suburbios de tradición altoimperial.
- Desuso sistémico del alcantarillado y de los colectores públicos.
- Fosas y zonas de escombros (reutilización edilicia).

Cabe denunciar que todos esos indicadores han sido exagerados, con el propósito de que la desestructuración pudiese ofrecer una imagen dramática de la *civitas*, en la que abundaban visiblemente los espacios vacíos y los espacios desmembrados, pero, esa devertebración no fue total ni uniforme, lo demuestran los siguientes puntos:

- Esa sintomatología se registra entre los s. II y V, acentuándose a lo largo de los siglos altomedievales; además, la comparten varios urbanismos regionales.
- La mayoría de los contextos urbanos se debate entre la continuidad y la ruptura con su pasado municipal, tal y como refrenda la coexistencia de los elementos perdurables y discontinuos en un mismo plano físico y funcional
- Los entramados clásicos no sufrieron grandes traumas, ya que las operaciones edilicias habían sido escasas, específicas y ordenadas hasta después del s. V, tras el cual se volvieron complejas, pero no hubo una desestructuración integral de la ciudad clásica, al menos hasta la creación de la ciudad islámica.
- Cada ciudad de la Bética presenta una desarticulación material con sus propias especificidades espaciales y cronológicas, cabe apuntar los siguientes ejemplos:
 - 1) Foros, termas y edificios de naturaleza lúdica fueron objeto de un abandono que, por lo general, fue un hecho precoz, suscitado en diversos momentos entre finales del s. II y la segunda mitad del s. IV, si bien ciertas estructuras mantuvieron de forma limitada su función primigenia durante el s. V.
 - 2) El abandono de la topografía pública no fue un fenómeno uniforme dentro de la Bética y, menos aún, en el resto del mundo urbano.
 - 3) El estado de abandono significa que un edificio perdió su función originaria, después de ello, el destino final era: a) la dejación total con su consecuente desplome y su posterior colmatación; b) El desmantelamiento material y su uso como cantera tras largos amplios periodos en ruina, situación que suele durar varias décadas o, a lo sumo, un par de siglos; c) La reocupación poco definida, como resultado tanto del expolio espontaneo como de la presencia provisional de los pobres, hechos que no suelen tardar en originarse tras el abandono; y, d) La reutilización de tipo funcional, siempre que la estructura estuviese en condiciones, pero esta práctica fue frecuentemente tardía por motivos de religiosidad y propiedad fiscal.

Todos estos procedimientos permiten transformar de forma eficiente y heterogénea los foros y los barrios de espectáculos entre los s. IV y VII, periodo en el cual el cambio tuvo un contenido ideológico y una actitud constructiva, de ahí que numerosos centros urbanos de la Bética fueran objeto de múltiples transformaciones culturales, funerarias, agrícolas, industriales, residenciales y militares, las cuales, en la mayoría de los casos, parecen formar parte de una coherente reestructuración paisajística de larga gestación y de crecimiento vertical, no obstante, la Bética sólo fue una región de descomposición media, así se puede entender la pervivencia estructural de la ciudad clásica, situación atípica en ciertas regiones del Atlántico o del Mediterráneo oriental, caracterizadas por un alto nivel desestructurador.

Quinta conclusión

La cristianización es el principal proceso urbanístico de la Antigüedad Tardía, esto es, el discurso ideológico que prevaleció entre el segundo cuarto del s. IV y los postreros años del s. VII, periodo en el que se fueron concibiendo los fundamentos simbólicos y físicos de la *civitas christiana*, si bien lo realmente trascendental no es tanto la imagen resultante, sino las variables de las cuales dependió la constitución urbanística, por lo que mencionaré las siguientes:

- El localismo cristiano mantuvo de forma tardía las definiciones materiales de la *Ecclesia Mater*, o sea, la *domus ecclesiae*, las áreas funerarias y el suburbio.
- El peso socioeconómico de los cristianos en cada centro urbano, sobre todo, el control que el obispo y los *seniores laici* tenían sobre las tierras, la industria, el comercio y sobre otros ámbitos.
- El liderazgo urbano del episcopado, desde la etapa teodosiana y, más aún, tras el año 460, con las repúblicas episcopales.
- La evangelización social de tipo cualitativo era ya notoria a partir de la segunda mitad del s. V, tal y como confirman las inscripciones cristianas.
- La presencia del obispo confiere la máxima categoría eclesiástica a los núcleos urbanos, pero su traducción material no se produjo hasta los s. VI y VII, periodo en el cual se construyeron los conjuntos episcopales.
- La debilidad del entramado clásico, siempre que el cristianismo lograra leer y comprender que ésta era posible mediante la desprotección jurídica y social de la ciudad pagana, de esta manera, se pudo desfigurar, secularizar y consagrar sus espacios monumentales.
- La disponibilidad intramuros del recinto urbano resultó ser un problema habitual por razones políticas, sociales y económicas, condicionantes que determinaron que el proceso de cristianización fuera inicialmente extramuros, disposición que la Iglesia irá superando con la adquisición de bienes intramuros; aunque, por lo general, ello no supuso una superposición eclesiástica de los *fora* en las urbes béticas, semejante consideración se puede decir sobre la reutilización cristiana de los templos paganos, sin embargo, ésta sí es una práctica confirmada en las ciudades de la Bética.
- El suburbio fue el centro experimental y de implantación del universo cristiano.
- El desarrollo del hábitat doméstico se debió a dos razones: una, la inversión de la aristocracia secular en edilicia entre el s. III y el s. VII; y, otra, la reutilización generalizada de ciertos espacios privados que la Iglesia bética fue dotando de un nuevo sentido estructural.
- La evolución espacial que sobrevendrá a la muerte del mártir, esto supuso fijar una *tumulatio ad sanctos* y la consecuente monumentalización de un sector de disposición suburbana entre los s. V y VI, etapa en la que se concibió el paisaje martirial, una arquitectura emocional que se fue repitiendo en otros lugares de la ciudad, incluida el área intramuros, como efecto de la *inventio* hagiográfica y del comercio de los *corpora sanctorum*.

- La formación suburbana e intramuros de una compleja dimensión funeraria que destaca por el carácter público y por la diversidad funcional.
- La caridad fue un motor institucional y financiero para las *civitates minores* tras el s. IV, cuando dicha dinámica comienza a facilitar la instalación de estructuras residenciales, asistenciales y monacales.
- La supervivencia de las iglesias locales béticas ante las múltiples contingencias externas e internas.
- El carácter conservador de la Iglesia bética limitó ampliamente la capacidad de cambio del cristianismo y, en muchos casos, no promovió la desestructuración urbanística.
- La élite visigoda fue quien invirtió en la edificación cristiana de índole monumental antes, durante y después del conflicto goticobizantino.

Dependiendo de las diversas condiciones locales y de la existencia de esas variables, cada ciudad revela una específica cristianización y una concreta escala del cambio en correlación con uno de los paradigmas arqueológicos que he aludido con anterioridad. Parece evidente que la cristianización se define mejor en las sedes episcopales y en ciertas *civitates minores*; por esto, participan del modelo de CIUDAD CRISTIANA. Así pues, los detalles de su imagen física y funcional son:

La *civitas christiana* no tiene sentido sin la ciudad clásica, puesto que es un concepto de adhesión a uno de los sectores extramuros, aglomeración ésta que fue generando estructuras espontáneas y planificadas bajo nuevos fundamentos urbanísticos que se ampliaron a las áreas intramuros. El resultado fue una nueva conceptualización de los espacios públicos y privados que se fueron recolocando en posiciones suburbanas e intraurbanas, concibiendo así una visión polinuclear de tipo administrativo, económico, cultural, funerario, asistencial, monacal y residencial, de forma que había varios puntos fuertes que se pueden reducir a la bipolaridad existente entre el suburbio y el complejo episcopal; de hecho, el mártir y la iglesia fueron los grandes elementos dinamizadores que condicionaron la nueva morfología urbana y su articulación.

Esta imagen se observa en las fuentes literarias y, especialmente, en los testimonios arqueológicos del s. VI y del s. VII, en consecuencia, la cristianización respondió a una estrategia de clase que aglutinaba los intereses del episcopado y de los nobles godos, lo cual se cristalizará en la edificación de una nueva topografía política y simbólica, es decir, el espacio de representación de la *civitas christiana*. Por consiguiente, la Iglesia bética logró una de sus dos grandes pretensiones, la otra fue conformar una realidad urbana que aspirase a un efecto de unidad, en la cual los espacios diferentes fuesen objeto de erradicación o de apropiación, con el propósito de fundar lugares similares que respondiesen a la homogeneidad religiosa de la *Catholicitas*; pero esta ortodoxia del espacio nunca se consiguió con la cristianización, tal y como indica la presencia de los barrios sinagogales.

En todo caso, la cristianización del urbanismo bético comportó una monumentalización considerable, pero fue un hecho tardío y desigual en comparación con otras regiones, probablemente, porque los recursos financieros de la Iglesia bética fueron desviados

hacia la evangelización del agro; sobre todo, durante del s. VII. En efecto, la inversión eclesiástica se hizo en detrimento de ciertas ciudades.

Sexta conclusión

La militarización fue un proceso que representó la barbarización de la sociedad bética y el establecimiento del amurallamiento como parte del desarrollo urbano de algunas ciudades en los s. IV y V, durante los cuales el modelo de ciudad desclasada pasó de un estado de degradación a otro de gestación de nuevas formas, fundamentalmente, cuando visigodos y bizantinos militaricen esos reducidos y fortificados asentamientos que aún mantenían una relativa organización urbana; estos se conocen como *castella et castra*.

Séptima conclusión

Antes de hablar de la bizantinización, cabe apuntar que ciertas ciudades registran una cultura material de influencia bizantina, hecho que no permite esgrimir su adscripción a la *Spania* imperial, porque resulta arriesgado tomar esta correlación mecánica, ya que los mismos materiales bizantinos se han localizado en zonas visigodas, inclusive fuera del Sur hispano, además, el *limes* grecogótico se percibe difuso y variable, salvo en la franja costera. Por ello, este trabajo de investigación no pretende conocer la situación estratégica de los núcleos visigodos e imperiales en correlación con la frontera militar entre la Bética goda y la región bizantina, sino el impacto urbano de la bizantinización, en este sentido, las evidencias arqueológicas advierten de una probable revitalización económica, fruto de la llegada de comerciantes griegos y sirios, y, por otra parte, de un cierto influjo cultural que será canalizado por la aristocracia autóctona, dado que no se produjo patrocinio alguno de la administración bizantina.

En las ciudades béticas de dominio bizantino, o sea, las que se han confirmado en las fuentes literarias, el proceso de bizantinización no fue la panacea esperada para las diversas cuestiones urbanísticas de la ciudad tardoclásica y de la ciudad en transición, pese a todo, pudo dotar de una cierta continuidad de asentamiento que, en múltiples casos, resulto ser contraproducente por su alto tono desestructurador. De hecho, esta descomposición se hizo bajo unas específicas directrices militares y económicas que invalidaban ciertas partes de la trama urbana, para centrarse en un área privilegiada o reducida hacia el mar, de ahí que se construyesen varios fortines, un barrio residencial y comercial y, posiblemente, algún establecimiento eclesiástico.

Por consiguiente, esta imagen arqueológica de la ciudad bizantina rompe con el ideal del *pristinum decus*, sin ninguna duda, es el reflejo de una región que fue una zona de contención y una plataforma de aprovisionamiento, por lo que recibió un trato marginal o secundario dentro de la *renovatio imperii*, tal y como sugiere el amplio silencio de la legislación justiniana y, por extensión, bizantina.

Octava conclusión

La visigotización es otro proceso que se plantea la ciudad como un medio político para obtener el control económico y religioso de la sociedad, para esto, presenta una doble conducta en las principales ciudades béticas: por una parte, en las fases iniciales, no hubo un impacto gotizante en el paisaje, donde los escasos grupos godos no pudieron realizar grandes cambios urbanísticos y, por eso, solían ocupar un área pública en el recinto intramuros, un sector residencial semiurbano y unas cuantas villas suburbanas; por otra, en las fases medias y tardías, la católica aristocracia visigoda y el episcopado germanizado construirá un establecimiento administrativo de tipo clásico en un sector extramuros o en uno intramuros, donde se alzarán de manera planificada y coherente el complejo episcopal. Por ejemplo, esto se documenta para Corduba, Hispalis e Iliberri, centros urbanos que participaron de una nueva dimensión administrativa con poderes fácticos y lugares de prestigio que habían conseguido sustituir los aspectos seculares y religiosos de los *fora*, pero, para ello, fue necesario la presencia de un centralizador Estado monárquico, como era el visigodo.

Novena conclusión

Frente a todos estos procesos, nunca hay que subestimar la pervivencia de la ciudad clásica, al menos para la Bética. Por varias razones:

- La Bética fue una provincia sumamente romanizada, por lo que hubo una gran resistencia a la hora de realizar el cambio urbano.
- La transición de la ciudad pagana a la *civitas christiana* requiere de una cierta secularización que, en ocasiones, facilitará la continuidad funcional.
- El estado concreto de cada ciudad indica diferentes grados de descomposición y reestructuración que no son tan significativos, salvo a largo plazo y de modo global.
- La iglesia contribuye a perpetuar ciertos espacios edificados mediante un mero interés patrimonial, sin pretender ninguna inversión edilicia.
- Las residencias y la infraestructura cívica sobrevivieron física y funcionalmente hasta el s. XI, otras pervivencias estructurales continuaron ocupando el paisaje, sin operatividad alguna, pese a ello, los edificios monumentales y, en particular, los anfiteatros condicionaron la transformación paisajística del cristianismo.
- El clasicismo visigodo fue una corriente cultural de conservación y restauración de lo clásico, cuya expresión material es rastreable en los principales ciudades de la Bética durante los s. VI y VII; aunque los tejidos edilicios de orden clásico nunca fueron objeto de una renovación total.

En definitiva, la ciudad clásica fue reduciendo paulatinamente sus funciones urbanas, sobre todo, aquellas que resultaban contradictorias con la ideología cristiana, de este modo, cabe negar que su permanencia fuera exclusivamente física, como se ha dicho

muchas veces, puesto que la ciudad tardoclásica y la ciudad en transición coexistieron como dos realidades vivas, por lo que se descarta la idea de una ciudad en coma.

CONCLUSIÓN FINAL

Este trabajo de investigación no pretende aferrarse a los ideales de la ciudad clásica que transcribió la literatura tardoantigua, ni tampoco intenta reincidir en la idea urbana que la historiografía española desarrolló a partir de la posguerra franquista; de hecho, lo que realmente persigue, es concebir un organigrama de modelos urbanos, basado en la imagen arqueológica que resulta del proceso de metamorfosis de cada ciudad de la Bética. Por ende, esta tesis logra concebir una percepción polimorfa, heterogénea y dinámica de la realidad urbana tardoantigua (25), la cual plantea amplias posibilidades investigadoras, cuyo objetivo teórico/metodológico no es otro que perfeccionar el perfil arqueológico del urbanismo tardorromano y altomedieval en un futuro inmediato.

NOTAS

- (1) Ruiz Fernández, Antonio: *Urbanismo antiguo de Almuñécar*, Tesis doctoral, Universidad de Granada, Granada, 1990.
- (2) Varios Autores: *II Congreso sobre la ciudad en Al-Andalus y en el Magreb (Algeciras, 1999)*, Granada, 2002.
- (3) Cf. Ripoll, Gisella, *Toréutica de la Bética*, ss. V-VII, Barcelona, 1998.
- (4) Belén, María y Ricardo Lineros: "Quince años de Arqueología en Carmona", *Actas del II Congreso de Historia de Carmona, Carmona romana (Carmona, 1999)*, Carmona, 2001, Págs. 109-133; Anglada, Rocío y Elisabeth Conlin Hayes: "Excavación de urgencia en la calle Real 39 de Carmona: el baptisterio y el cementerio de época visigoda", *Anuario Arqueológico de Andalucía* (1998), II, Sevilla, 2007, Págs. 933-943.
- (5) Schattner, Thomas: *Munigua. Cuarenta años de investigaciones*, Sevilla, 2003.
- (6) Moreno, María Auxiliadora *et alii*: "Iliberri. Estudio de la ciudad iberoromana ubicada en el barrio del Albaicín, Granada", *XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica (Tarragona, 1993)*, Tarragona, 1994, Págs. 295-297; Orfila, Margarita: *Discurso pronunciado por la Ilma. Sra. D^a. M. Orfila Pons en su recepción académica y contestación del Ilmo. Sr. D. M. Sotomayor Muro*, Granada, 2002; Idem: "Iliberri-Elvira (Granada). Ciudad romana y cristiana", *El Concilio de Elvira y su tiempo*, Granada, 2005, Págs. 117-135.
- (7) León, Pilar: *Itálica*, Madrid, 1982; Verdugo, Javier: "El cristianismo en Itálica: Fuentes, Tradiciones y Testimonios arqueológicos", *Santos, obispos y monjes, Actas del III Encuentro Internacional Hispania en la Antigüedad Tardía*, Alcalá de Henares, 1998, Págs. 353-389.
- (8) Atencia Páez, Rafael: *La ciudad romana de Singilia Barbi (Antequera, Málaga)*, Málaga, 1988.
- (9) Serrano Peña, José Luis: *Aurgi: el municipio romano*, Jaén, 2004.
- (10) Montañés, Salvador y Luis Aguilera: "Actuación arqueológica de urgencia en el solar de la calle San Francisco nº 19 y de la calle Guzmán nº 1 de Medina Sidonia (Cádiz)", *Anuario Arqueológico de Andalucía* (1998), Sevilla, 2007, Págs. 124-127.
- (11) Corrales, Patricia: "Algunas observaciones sobre la provincia de Málaga en los siglos III y V", *Baetica* 21, 1998, Págs. 225-237; Idem: "De topografía malacitana: notas sobre la configuración urbana de la Málaga romana", *Baetica* 25, 2003, Págs. 393-408; Idem: "Aportaciones de la arqueología urbana para el conocimiento de la Málaga romana", *Mainake* XXVII, 2005, Págs. 113-140.
- (12) Lagóstena, Lázaro: "La bahía gaditana en la Antigüedad Tardía", *Homenaje al profesor C. Posac Mon*, vol. 1, 1998, Págs. 265-278; Arteaga, Osvaldo *et alii*: "El puerto de Gadir. Investigación geoarqueológica en el casco antiguo de Cádiz", *Revista Atlántico Mediterráneo de Prehistoria y Arqueología Social* 6, 2001, Págs. 345-415; Idem: "Geoarqueología urbana de Cádiz. Información Preliminar sobre la campaña de 2001", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, Sevilla, 2001, Págs. 27-39.
- (13) Segura, María Lucía: *La ciudad iberoromana de Igabrum (Cabra, Córdoba)*, Córdoba, 1988.

- (14) Roldán, Lourdes *et alii*: *Carteia*, Madrid, 1998; Idem: *Estudio histórico-arqueológico de la ciudad de Carteia (San Roque, Cádiz), 1994-1999*, vol. I, Sevilla, 2006; Bernal, Daniel *et alii*: “El abandono de Carteia en el siglo VI d.C.: resultados de la actuación arqueológica en la zona baja de la ciudad”, *VI Reunión de Arqueología Cristiana Hispánica (Valencia, 2003)*, Barcelona, 2005, Págs. 415-428.
- (15) Pérez Macías, Juan Aurelio *et alii*: “Niebla, de *Oppidum a Madina*”, *Anales de Arqueología Cordobesa* 11, 2000, Págs. 91-122.
- (16) Murillo, Juan Francisco *et alii*: “Córdoba: 300-1236 D.C. Un milenio de transformaciones urbanas”, *Papers of the Medieval Europe*, vol. 1, Asse, 1997, Págs. 47-60; Carrillo, José Ramón: “Evolución de la arquitectura doméstica de *Colonia Patricia Corduba*”, *Córdoba en la Historia: La construcción de la Urbe, Actas del congreso (1997)*, Córdoba, 1999, Págs. 75-86; Marfil, Pedro: “Córdoba de Teodosio a Abd Al Rahmán III”, *Anejos del Archivo Español de Arqueología XXIII*, Madrid, 2000, Págs. 117-141; Sánchez Ramos, Isabel: “El mundo funerario tardoantiguo: basílicas y *martiria*”, *Arte y Arqueología* 7, 2000, Págs. 71-74; Idem: “La cristianización de las áreas funerarias en la antigüedad tardía: La situación en Córdoba”, *Homenaje a P. León*, Córdoba, 2006, Págs. 369-380; Hidalgo, Rafael: “Sobre la cristianización de la topografía de la Córdoba tardoantigua: el caso del palacio de Cercadilla”, *III Congreso de Arqueología Peninsular (Porto, 2000)*, Porto, 2001, Págs. 741-747.
- (17) Lagóstena, Lázaro *et alii*: “Aproximación a la ocupación tardorromana en la desembocadura del río Guadalete (P. de Santa María, Cádiz)”, *Anales de la Universidad de Cádiz* 11, Cádiz, 1996, Págs. 95-101; Giles, Francisco y Esperanza Mata: “Intervención arqueológica en calle Santo Domingo nº 9, el Puerto de Sta. Mª, Cádiz”, *Anuario Arqueológico de Andalucía* (1998), Sevilla, 2007, Págs. 58-65.
- (18) Campos Carrasco, Juan Manuel: “Análisis de la evolución espacial y urbana de Urso”, *Estudios sobre Urso Colonia Iulia Genitiva*, Sevilla. 1989, Págs. 99-111.
- (19) Campos Carrasco, Juan Manuel: *Estudio de la evolución urbana de Hispalis desde época tartésica hasta la tardorromana*, Tesis doctoral, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1988; Tarradellas, Cristina: “Topografía urbana de Sevilla durante la Antigüedad Tardía”, *V Reunión de Arqueología Cristiana Hispánica (Cartagena, 1998)*, Barcelona, 2000, Págs. 279-290; Tabales, Miguel Ángel: “Algunas aportaciones arqueológicas para el conocimiento urbano de Hispalis”, *Habis* 32, 2001, Págs. 387-423.
- (20) Sillières, Pierre: *Baelo Claudia, una ciudad romana de la Bética*, Madrid, 1997; Arévalo, Alicia *et alii*: “El mundo funerario tardorromano en Baelo Claudia. Novedades de las intervenciones arqueológicas del 2005 en la muralla oriental”, *VI Jornadas cordobesas de Arqueología Andaluza (Córdoba, 2006)*, Córdoba, 2006, s.p.
- (21) Leal, Pilar: *Obulco*, Écija, 1995.
- (22) Ordoñez Agulla, Salvador: *Colonia Augusta Firma Astigi*, Écija, 1988; Rodríguez Temiño, Ignacio: “Notas acerca del urbanismo de la *Colonia Augusta Firma Astigi*”, *Bimilenario Colonia Augusta Firma Astigi, I Congreso sobre Historia de Écija*, Écija, 1989, Págs. 119-125; Idem: “Pervivencia de alineaciones de época romana en el tejido urbano actual de Écija (Sevilla)”, *Archeologia Medievale* 17, 1990, Págs. 613-623; Idem: “La casa urbana hispanorromana en la Colonia Augusta Firma Astigi. Écija. Sevilla”, *Congreso La casa urbana hispanorromana (Zaragoza, 1988)*, Zaragoza, 1991, Págs. 345-353.

- (23) Campos Carrasco, Juan Manuel: "La ciudad romana de *Onuba* (Huelva). Una revisión arqueológica", *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia* 18, 2001/2002, Págs. 329-340.
- (24) Cf. Curchin, Leonard: *The Local Magistrates of Roman Spain*, Toronto, 1990.
- (25) Esta percepción arqueológica de la realidad urbana presenta importantes vínculos con aquellos investigadores italianos que han asumido lo siguiente: "*la imagen arqueológica de la civitas no debe centrarse en los edificios de prestigio, sino en la infraestructura y en los espacios abiertos, esto es, que no se han de contemplar complejos palatinos o episcopales, murallas y cementerios, sino también viviendas, huertos y basureros*". Cf. Brogiolo, Gian Pietro: "Problemi archeologici della continuità urbana in Italia Settentrionale, tra Tardo Antico e Altomedioevo", *Coloquio Hispano-Italiano (Granada, 1990)*, Siena, 1992, Págs. 129-130. Sí ese fuese el principal punto de partida de la investigación española en las siguientes décadas, los procedimientos erróneos y las analíticas parciales desaparecerían ampliamente de la literatura historiográfica, así como las apreciaciones desafortunadas de ciertos historiadores, entre ellas, la frase del medievalista Pierre Guichard (*Periódico IDEAL*, Granada, 10/11/2004): "*La primitiva ciudad romana era Medina Elvira, pero si aparecen restos importantes en Granada no lo sé, porque no he estudiado el tema, aunque si aparecen tres cosas pequeñas no creo que existiera en Granada una ciudad romana*".